

**Mensaje pronunciado en el acto protocolario
que precedió a la Mesa Redonda "El papel de
la información en Costa Rica"**

**Por: Dr. Albino Chacón, Decano, Facultad
de Filosofía y Letras.**

De las palabras cuyo origen es necesario tener en cuenta, una de ellas es, sin duda alguna, la palabra "información"; porque más que una palabra, es una noción, un concepto, un modo de elaborar la socialidad y de entrar en ella. Si hay algo que define al ser humano en su especificidad cultural, intelectual y emocional es su capacidad y necesidad de producir información. Esa necesidad y esa capacidad forman parte de nuestra misma esencia, incluso orgánica. La vida misma se mantiene por la producción e intercambio de información.

Por eso mismo, considero pertinente volver de vez en cuando a mirar con atención a las palabras, a su historia. Y es que, de tanto usarlas y repetirlas, terminamos por olvidar su espesor y comenzamos a usarlas como si sus referentes fueran cristalinos, inobjetables, seguros. ¿Qué es lo que hoy llamamos información? Porque el término es demasiado denso, incierto como para que consideremos que, por sólo mencionarlo como referente discursivo, estamos hablando de lo mismo. La torre de Babel no es multiplicación de las lenguas, porque eso no impide que los hombres se comuniquen; la torre de Babel es la multiplicidad de sentidos que tiene una palabra y el engaño en que caen los hombres cuando creen estarse entendiendo cuando en realidad, utilizando las mismas palabras, pudieran estar hablando de cosas absolutamente opuestas. Y si multiplicamos al infinito lo que sucede con cada una de ellas,

entonces lo que resulta casi un milagro es que podamos entendernos. Cuando interrogamos a una palabra sobre lo que ella es, exigiéndole una definición exacta de su sentido, ésta nos juega la vuelta y nos responde como el endemoniado del Evangelio: "soy legión".

En el intercambio social, a lo mejor simplemente simulamos que nos entendemos, y actuamos como si realmente nos hubiéramos comprendido perfectamente. La información sería, entonces, sólo el espejismo que nos permite ser socialmente funcionales. El profesor cree -o simula- haber transmitido la información; el estudiante cree -o simula- haber entendido; el marido cree que convenció a su esposa; la esposa simula que le creyó al marido; el gobierno simula que gobierna, si no, no se ocuparía tanto en hacérselo creer con su obsesionante información televisiva; leemos los periódicos y nos damos por informados.

O bien estamos conectados a Internet, para hablar de otro fenómeno que nos ocupa y seduce, y creemos que por ello tenemos el mundo de la información al alcance con sólo dar un dedazo en el teclado. Nunca antes hubo un espejismo tan perverso en hacernos creer que, a través de una pantalla, podíamos abandonar la tribu y sus tribulaciones para entrar a gozar y formar parte de las maravillas de la multiplicidad infinita de la información. Como personajes de una ficción propia de Lewis Carrol, somos las modernas alicias que, sentados frente a la computadora, atravesamos el espejo para acceder a una realidad virtual. Entramos en la pantalla y, de pronto, virtualmente, somos modernos, tecnológicamente avanzados, con la posibilidad -virtual- de

comunicarnos con millones de personas, en una autopista que es más bien un laberinto que, para parafrasear a Octavio Paz, poco o nada nos aparta de la soledad.

En términos educativos, la profusión al infinito de la información no se traduce, necesariamente, en una mejor formación. Habría que valorar si es mejor leer menos, pero leer bien. Quizás a esto se refería el filósofo que una vez dijo: "temo al hombre de un solo libro". El exceso de fuentes de información disponibles no implica, de por sí, una mejor formación, ni ciudadanos más responsables, ni un mayor sentido ético de la vida, ni mentes más racionales, ni espíritus más libres. Ese es el reto que tenemos ante hoy. "Informar", en su sentido original, que hoy más que nunca cabe recordar, se utilizaba ante todo en el ámbito educativo y quería decir "dar forma", "formar mediante la instrucción", sentido didáctico que ya hoy se ha perdido. Tuvo también, en esta misma línea, el sentido crítico de cuestionar a alguien en relación con algo para formar su espíritu.

Es bueno que de vez en cuando nos tomemos la molestia de visitar los términos, pues como sucede tan a menudo, en la prisa por redefinir todo como si la historia empezara con nosotros, olvidamos que a menudo, para encontrar una respuesta, más bien hay que aquietar el paso, levantar la vista de la pantalla y volver reposadamente la mirada hacia atrás y hacia los lados, porque si no corremos el riesgo de morirnos más allá del espejo, sin habernos dado siquiera el tiempo para tratar de entender mejor la realidad misma de nuestras vidas y de nuestro entorno.